

GRACIANO PALOMO

SIETE DÍAS
DE FURIA Y PUÑALES

*De la conjura contra Casado
a la última esperanza azul*

Prólogo de
VICENTE VALLÉS

la esfera  de los libros

Índice

<i>Nota del autor</i>	15
<i>Agradecimientos</i>	17
<i>Prólogo. La Intelligentsia: Casado no era el hombre.</i>	
Feijóo, regreso al futuro, por <i>Vicente Vallés</i>	19
1. CON LA SANGRE CAYENDO A BORBOTONES	25
Alegato final ante el Congreso	26
<i>Consumatum est!</i>	33
La espoleta	35
Secreto a voces	39
El dúo de Génova 13	44
2. SUICIDIO COLECTIVO Y EN DIRECTO	47
Ayuso desenfunda	49
Teo al contraataque	53
El aparato pierde el control	55
Casado, rodeado	58
El peor de los escenarios	61
Madrid, 11.00 horas del Día D	64
Presidente, estamos muertos	69

	La rebelión de los capitanes	72
	Casado se desinfla	77
	Un espectáculo letal	83
	Un mes de reina madre	85
	Feijóo toma el mando	88
	La lideresa dispara con la escopeta recortada	91
3.	CUANDO EL ALGORITMO FUE EN BUSCA	
	DEL MUCHACHO	95
	Aquel peregrinaje a Santiago	98
	Entre El Luarqués y el Nuevo Club	103
	El Seat 600 enciende el motor	115
4.	1.300 DÍAS COLGADO DEL ALAMBRE	119
	Emparedado entre dos mitades	120
	Frente a un trilero de mucho cuidado	123
	El recuerdo de aquella noche triste	124
	Cayetana quiere mandar	126
	Teoría de las tres ces	129
	Vuelta al «extremo centro»	131
	Una pandemia que no tumba a Sánchez	133
	Se niega a ser Hernández Mancha	135
	Al cuello de Abascal	137
	El asombroso caso de Ayuso	140
5.	TEORÍA DEL GOLPE: LA REBELIÓN DE LOS CORONELES ...	151
	Monago el llorón	153
	De la conjura a las rebelión de los coroneles	156
	Una llamada a Carlos Iturgaiz	159
	Encuentro a solas en la séptima	162
	Una petición desesperada	163
	Tercer elemento de la «conjura»	164

	Cuando Miguel Ángel Rodríguez le dijo a Casado lo que pensaba	169
	El fichaje del americano de Valladolid	174
	Los otros WhatsApp	183
	El gallego pide sosiego	186
	Club de los ex	187
6.	PASANDO EL RUBICÓN: «OPERACIÓN PEARES»	193
	El regreso de un histórico	195
	Decisión en la Baviera española	197
	Un largo camino	198
	Lágrimas sobre el manto del Apóstol	205
	Una personalidad celta	211
	Aquellos años de Felipe	213
	Aquella foto en el yate equivocado	215
	Treinta días visitando la casa de los amigos	217
7.	REMANDO POR EL GUADALQUIVIR	221
	Unos mínimos antecedentes	221
	El dinero le vigila	224
	Derecha rancia y peligroso nacionalista a la vez	226
	Interregno Gamarra: aprendiendo a morir	228
	El congreso	229
	Rajoy entra en acción	233
	Pablo Casado, un derrotado con aplausos	235
	El gallego con humor	239
	Un proyecto de poder	243
	Chute final	247
8.	EL PACTO DEL BETIS	257
	Como una ostra de Arcade	267
	Trabajo y gestión	270
	Del general secretario a la secretaria general	271

El rol imprescindible de un gran valor	273
El tercer hombre: tú en San Telmo, yo en Génova	277
El clan gallego	281
El arcano madrileño	283
De la joven manchega con orígenes cospedalianos	285
Bravo, el de la bajada de impuestos	285
Arcano Navarro, sustituta de Bárcenas	286
El extraordinario caso de un tal Monago	287
El regreso del «campeón»	288
La Oficina del Presidente	289
Feijóo en modo Feijóo	291
¿Ya hay alternativa?	293
9. UNA APROXIMACIÓN A LA MONCLOA	297
Retrato ferozmente «amable» de Sánchez	299
En busca del voto perdido	300
El gobierno, a lo suyo	301
Las propuestas	304
Ayuso, con su libro	306
10. ATRAPAR UNA SOMBRA	311
Feijóo no admite lecciones	312
Por los pactos	314
Cuando Feijóo era del clan Pujol	315
El efecto presidenciable	318
Perfil propio y diferenciado	320
Aquella noche en 13TV	322
Hechos y argumentos	324
11. CONJURA Y AMBICIÓN A VISTA DE PÁJARO	329
Joaquín Manso	330
Javier García Vila	331
Belén Molleda	333

Julio Somoano	338
Fernando Jáuregui	340
Ángel Expósito	343
José de Cora	344
Mariano Calleja	346
Bieito Rubido	348
<i>Epílogo. Victoria o Averno</i>	351
Sin resultados no hay liderazgo	352
Cataluña tuvo que ser	355
La herencia	356
MAR se los merienda	361
El horizonte de «el deseado»	363
Aquella mañana en Moncloa	366
La sombra de Vox	369

Nota del autor

Estas páginas se han escrito durante los días en los que los misiles y bombas de Vladimir Putin buscan borrar, a sangre y fuego, el honor, la libertad y el futuro de la valerosa nación ucraniana, mientras un líder, en modo comandante en jefe, y un pueblo en pie, dan al mundo un ejemplo de dignidad y coraje. A ese pueblo europeo y a la colosal solidaridad del pueblo español con las víctimas de la invasión de Vladimir Putin quiere dedicar el autor los trabajos del libro que tiene el lector entre sus manos, redactado cuando de nuevo en la historia de la humanidad aparece un combate sin igual que enfrenta a la libertad contra la barbarie.

Prólogo

LA INTELLIGENTSIA: CASADO NO ERA EL HOMBRE. FEIJÓO, REGRESO AL FUTURO

Por VICENTE VALLÉS*

La pantalla situada detrás proyectaba un azul profundo, solo retocado por el logo del partido en blanco. El protagonista del acto estaba de pie, delante de un pequeño atril con dos micrófonos, y la palabra «populares» miraba a la cámara encargada de registrar aquel momento para la historia.

Pablo Casado inició aquel día de febrero de 2022 su lenta (más de un mes) pero inexorable salida de la política, aunque no quedaba muy claro si él salía de la política o la política salía de él. Casado habló ante sus compañeros de su «proyecto inacabado». Se lamentó por «todo lo que haya hecho mal». Se quejó con amargura «de la reacción que he tenido que sufrir, que es inédita en nuestra democracia y que creo que no merezco». Citó a Fraga, Aznar y Rajoy. No citó a Hernández Mancha. Y tuvo un guiño de indisimulado resentimiento cuando quiso explicitar que «a la mayoría de los que estáis aquí, en esta Junta Directiva, os propuse como candidatos a distintas responsabilidades». Os puse yo, hijos de..., debió de pensar para sus adentros, pero se controló. Dicen que a la política no se va a hacer amigos.

* Vicente Vallés es director de *Noticias 2* en Antena 3 TV. Líder absoluto durante los últimos años de todos los informativos españoles de televisión.

Con o sin amigos, Pablo Casado se despedía de la Junta Directiva Nacional del PP. Días después, ante sus colegas del PP Europeo, se lamentaba de perder su cargo por luchar contra la corrupción y por negarse a pactar con Vox. Lo decía el mismo día y a la misma hora en la que Alfonso Fernández Mañueco anunciaba que mantendría su cargo como presidente de Castilla y León gracias a un pacto de coalición con el partido de extrema derecha. Y, arrancando el mes de abril de 2022, se consumaba el relevo al frente del Partido Popular.

No habían pasado ni cuatro años desde aquel día de junio de 2018 en el que Mariano Rajoy perdió la Presidencia del Gobierno en una operación sin precedentes, improvisada, y en la que se pudo comprobar que en política igual que no hay amigos, tampoco hay aliados duraderos: el PNV votó a favor de los Presupuestos Generales del Estado de Rajoy —después de extraer su beneficio—, y apenas una semana después votó a favor de la moción de censura de Pedro Sánchez —después de extraer su beneficio— para sacar del poder a Rajoy. Siete días. El nacionalismo vasco es más listo que el hambre.

El colapso del «casadismo» —si se pudiera utilizar ese término— no necesitó mucho más tiempo que el colapso del marianismo. Las acusaciones de espionaje interno a Isabel Díaz Ayuso derivaron en un acelerado y relampagueante proceso de deconstrucción, para provocar la caída estrepitosa del joven líder del PP, empujado por los suyos. «¡Al suelo, que vienen los nuestros!». Ya lo dijo Pío Cabanillas, describiendo con lucidez y mala leche la realidad de la UCD, en su capacidad autodestructiva, heredada ahora por el PP. Primos hermanos.

Pero ¿quiénes son los nuestros en política? Un veterano y sardónico dirigente socialista, ya retirado de la escena política, solía decir con tono cáustico que dentro de un partido están los nuestros, y luego están los «nuestros nuestros», y no conviene confundir a los unos con los otros. Pablo Casado debía de tener más de los primeros que de los segundos.

Ahora, en un ejercicio de periodismo total o de historia del instante —que ambas cosas es este libro—, Graciano Palomo nos ofrece

el relato al minuto de este nuevo episodio trepidante y agónico, que ha llevado al PP a desmontar el proyecto de Pablo Casado en un suspiro, y sustituirlo por otro liderazgo, el de Alberto Núñez Feijóo. Regreso al futuro.

En las páginas que el lector tiene delante, encontrará detalles hasta ahora desconocidos de lo que pasó en los despachos cerrados de Génova 13. También, en las conversaciones de pasillo del congreso y en las conspiraciones telefónicas que derivaron en la abrupta descomposición de un proyecto político, el de Pablo Casado, que nació en medio de una notable desconfianza de la clase dirigente popular, y que ha llegado a su fin de la mano de esa misma clase dirigente popular.

La admirable prosa política de Graciano Palomo, a ratos tan versallesca como repleta de gracejo, nos ayuda a recorrer episodios que estallaron en toda su intensidad en una fatídica semana de febrero de 2022, pero que empezaron a fraguarse un año antes, cuando la *intelligentsia* de las baronías populares llegó a concluir que Casado no era el hombre. O, al menos, que no era su hombre. Solo faltaba el detonador que provocara la ignición, y eso ocurrió cuando se filtró a la prensa un presunto espionaje a la presidenta de la Comunidad de Madrid por unos dineros cobrados por su hermano. Las cuaderñas de la nave popular se descuadraron. Las deudas pendientes salieron a la luz. Y, como escribe el autor, llegó el hundimiento.

Lo que pudo ser ya no será. El joven dirigente de la Nuevas Generaciones del PP que alcanzó el despacho de la planta noble de Génova 13 ya no alcanzará la Presidencia del Gobierno. Pedro Sánchez apunta otra muesca en su revólver: ya ha visto pasar a dos líderes del PP. A uno lo echó él. A otro se lo han echado. Ahora va a por el tercero. También Ayuso puede reivindicarse como autora del «crimen», y sumarlo a sus logros previos: provocar la salida del gobierno de Pablo Iglesias para presentarse a las elecciones de Madrid, hundirle después en las urnas hasta dejar la política, obligar a Pedro Sánchez a cambiar su gobierno al fracasar en esos comicios, y ahora haber engrasado la llegada de Núñez Feijóo con la caída de su examigo Ca-

sado por el despenador destinado a los líderes políticos que se quedaron a medias.

Pablo Casado se presentó a dos elecciones. Perdió las dos, pero fueron tan seguidas —abril y noviembre de 2019—, que el expresidente popular aspiraba a tener una oportunidad más, como sus predecesores en el cargo. Porque tanto Aznar como Rajoy perdieron dos veces antes de ser presidentes. Pero la política, igual que la vida, se ha acelerado en estos tiempos. Ya no hay paciencia. Se exigen resultados inmediatos, y la gestión diaria se examina con tal grado de detalle, que no hay día que termine sin haber cometido algún error, por pequeño que sea, que se convierte en carne de tuit.

España es un país de parejas políticas. Felipe González y Alfonso Guerra precedieron a José María Aznar y Francisco Álvarez Cascos, que, a su vez, dejaron paso a José Luis Rodríguez Zapatero y José Blanco, antes de que llegaran Mariano Rajoy y Soraya Sáenz de Santamaría, sustituidos abruptamente por Pedro Sánchez y... Pedro Sánchez y... Pedro Sánchez se basta y se sobra. No ha existido liderazgo más unipersonal que el suyo, aunque el mejor resultado electoral que haya obtenido sea el de los escasos 123 escaños alcanzados por el PSOE en las elecciones de abril de 2019. Y es él quien se ocupa de dejar claro periódicamente que todo el poder está en sus solas manos, cuando arroja por la ventana o deja por el camino —o ambas cosas a un tiempo— a quienes se creyeron, con grandes dosis de ingenua ignorancia, los ungidos por el líder. Léase, por ejemplo, Iván Redondo, que, como bien relata Graciano en estas páginas, empujó a Sánchez en 2018 a tirarse a la piscina de la moción de censura dando por seguro que no había agua, para, sin embargo, encontrarse al poco rato empapado y secándose con una toalla de las disponibles en los baños que el presidente del Gobierno tiene en su habitación del Palacio de la Moncloa. Porque resulta que ganó contra todo pronóstico, incluido el suyo.

Sánchez ha navegado por las procelosas aguas, a la vez atormentadas y tormentosas, de la política española. Lo hace con actitud

desahogada, sin que los escrúpulos que condicionan al resto de los humanos parezcan ejercer el mismo efecto en su forma de desempeñarse en el poder. La voluntad de gobernar a cualquier precio hace que gobierne con cualquier socio.

Ese es el adversario con el que tuvo que lidiar el valiente, pero —a la vista de los resultados— poco certero diestro de Génova 13 durante los más de tres años que pasaron desde su éxito en las primarias-congreso del PP en el verano de 2018 y el monumental derrumbamiento acaecido en el invierno de 2022. Y aquí sí hubo pareja al estilo tradicional. Pablo Casado colocó como secretario general-general secretario a Teodoro García Egea. Alguien tiene que ser el malo en todas las películas, y García Egea sabía meterse en ese papel, como mano en guante. Pero cuando vienen mal dadas y llega el día de los cristales rotos, en primer lugar cae el segundo, y en segundo lugar cae el primero. Triste sino. Porca miseria.

¿Qué ocurrió para que tanta expectativa en 2018 terminara con tanto estrépito en 2022? ¿Quién tuvo la culpa por acción? ¿Quién la tuvo por omisión? ¿Era inevitable? ¿Es, como dijo Casado, la historia de un fracaso de quien intentó acabar con la corrupción en el Partido Popular? ¿Es solo la historia de una torpeza política? Las respuestas están a vuelta de página. Este libro de Graciano Palomo es el manual de instrucciones necesario para entender lo ocurrido en el PP, y será una guía imprescindible para quienes, en el futuro, escriban la historia de estos días.

CON LA SANGRE CAYENDO A BORBOTONES

*La vida le había dado ya motivos bastantes
para saber que ninguna derrota es la última.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *El general en su laberinto*

23 de febrero de 2022. 8.30 horas. Despacho del jefe de la oposición en la primera planta del edificio noble del Congreso de los Diputados. Acaba de llegar el presidente del Partido Popular, Pablo Casado, acompañado de la *dircom* del partido, María Pelayo. Están esperando la portavoz parlamentaria Cuca Gamarra y el jefe de la asesoría parlamentaria, José Arce. Pocos minutos después entran los vicesecretarios generales, Antonio González Terol, Pablo Montesinos y Ana Beltrán. Los tres dirigentes orgánicos que permanecen a esas horas fieles al comandante en jefe; ya son conocidos entre sus colegas como «los últimos de Filipinas». La última en incorporarse es Ana Pastor, vicepresidenta segunda del Congreso y vicesecretaria general de Política Social del partido.

El ambiente en la sala es sombrío. Se va a enterrar al que durante los tres últimos años ha ejercido de líder. Casado se muestra ausente, con la mirada perdida, atusándose constantemente la barba; triste, cansado. La imagen viva de la derrota con la que se ha batido hasta el último momento. El sueño de su vida, ser presidente del Gobierno, se ha derrumbado como un mal suflé. Los «últimos de Filipinas» tratan de animarle.

—Nuestros diputados te recibirán como mereces, presidente, no tengas ningún temor —le dice Gamarra—. Independientemente de

lo que ha ocurrido, la gente te tiene cariño, Pablo, te tiene aprecio personal...

La noche anterior había dudas entre su círculo de asesores de si debía intervenir en la sesión de control al gobierno o no, por temor a que se produjera algún feo por parte de diputados críticos.

—Tengo que asistir por dignidad, todavía represento a cinco millones de españoles —corta de raíz el presidente.

Ahora, solo se trata de que tenga una despedida acorde en la Cámara en la que ha dado muestras, «sin papeles», de gran parlamentario. Hay que escenificar su entrada y su salida. Todos ellos son conscientes de que se trata de una ocasión y de una despedida histórica, inédita hasta la fecha.

Alegato final ante el Congreso

El líder abatido tiene que entrar en el hemiciclo apenas quede un minuto para que se inicie la sesión de control al gobierno, cuya primera pregunta corresponde precisamente al jefe de la oposición. Pablo recibe algunas indicaciones al respecto; oye, pero no escucha. No tiene precisamente el cuerpo para florituras, mucho menos para gracietas, ni humor negro. Es consciente de que es el protagonista del día en el Parlamento. «Sí, triste protagonista», musita.

Todos están de acuerdo en que tiene que entrar cuando todo el Grupo Parlamentario Popular esté ocupando sus escaños, para que puedan recibirle entre aplausos. María Pelayo propone que baje las escasas escaleras entre el despacho y la entrada al hemiciclo escoltado por Terol y Beltrán pero finalmente se impone el criterio institucional: serán Cuca Gamarra y Ana Pastor. Inmediatamente después, Pelayo. Una pléyade de cámaras y fotógrafos esperan ansiosos la imagen del líder consumido por las llamas de la lucha fratricida. Es precisamente María Pelayo la que se opone a que Ana Pastor aparezca justo al lado de Pablo. Tiene noticias de que en los recientísimos aconteci-

mientos que han sustanciado la brutal caída del presidente y su equipo, la exministra, dentro de los órganos del partido, se ha comportado como una desleal e incluso llegan a articularse términos gruesos como «traidora».

Se impone el sentido institucional y, en efecto, Cuca y Pastor aparecen como *primus inter pares*, caminando a los flancos del todavía jefe de la bancada. Un minuto antes de abandonar la sala, González Terol, que oficia en esas dramáticas circunstancias como un padre lo haría con su propio hijo, al fin y al cabo es la persona que firmó la ficha de afiliado al PP de Casado hace más de cuatro lustros, se vuelve hacia él y pregunta.

—Pablo, ¿puedo darte un abrazo?

—Claro, Antonio, muchas gracias.

Se funden en un abrazo emocionado. A punto están de romper en sollozos ambos. Descienden la escalinata según el protocolo establecido previamente. Terol, imbuido de ese ancestral aire militar que tanto le gusta y practica, musita para sus adentros:

— ¡Yo le hice del PP... con él hasta el cadalso!

Apenas pueden dar un paso ante el ingente número de periodistas que les rodean. El recorrido se hace en silencio. Caras serias, van a asistir a un funeral *corpore insepulto*. Casado, recién afeitado, con la mandíbula levantada, lleva una carpeta bajo el brazo que leerá ante los 254 diputados que ese día acuden a su lugar de representación popular. Por fin, penetran en el hemiciclo. Hacía justamente cuarenta y uno años que, en ese mismo salón de parlamentos, el teniente coronel Antonio Tejero intentó paralizar, vanamente, el débil proceso democratizador que se había iniciado en España en 1977.

La Cámara Baja registra a esa primera hora una inusual expectación ante el trámite parlamentario que significa un miércoles más de «control al gobierno», donde la oposición pregunta y el gobierno responde lo que le viene en gana. En la parte derecha del hemiciclo, donde se alojan las mesnadas del Partido Popular, hay un clamoroso y expectante silencio. Saben que durante la tarde-noche anterior su

hasta ahora comandante en jefe y su general secretario han sido obligados a rendirse, entregar los galones que les han distinguido desde julio de 2018, y emprender una huida con el deshonor con el que suelen embadurnarse los derrotados.

En la parte izquierda del Congreso, una indisimulada satisfacción por la decapitación del dúo opositor que, a su entender, se ha mimetizado con la extrema derecha, al decir de ese largo y estrafalario conglomerado *Frankenstein* que conforman socialdemócratas (*sic*), comunistas, populistas, separatistas y herederos etarras.

En el frente de la derecha-derecha, la orden impartida por la superioridad entre sus diputados y cuadros es mantener silencio a toda costa y obviar cualquier referencia a sus adversarios del centro derecha. Santiago Abascal sabe que se le abre una posibilidad inesperada de propiciar el definitivo abrazo del oso al partido que durante casi veinte años fue su casa.

Todos tienen claro que a esa hora ha saltado por los aires, de forma abrupta, aunque no sorprendente, el sueño equinoccial de un joven palentino que llegó por sorpresa, gracias a una «carambola del destino», hacía tres años y cinco meses para ocupar el sillón de Mariano Rajoy, también expulsado del poder por mor de una moción de censura muñida al hilo de la corrupción de un caso maldito conocido como Gürtel —correa en alemán— en honor del principal corruptor Francisco Correa.

Cuando en la madrugada de ese 23 de febrero los barones consiguen torcer la defensa numantina de Pablo Casado, que ya ha entregado la cabeza de su principal guardaespaldas, Teodoro García Egea, aquel solo pide un deseo, como los que se conceden a los condenados a muerte antes de ponerse delante del pelotón de fusilamiento: seguir teóricamente al frente del PP hasta la celebración del congreso «urgente y extraordinario» que se celebrará en treinta días en la inmortal ciudad de Sevilla. Y también que, en unas horas, le gustaría despedirse como jefe de la oposición en el Congreso de los Diputados. Núñez Feijóo, constituido ya en los iniciales momentos en claro

comandante en jefe fáctico, no ve problema para conceder la gracia solicitada; no así al exsecretario general, la gran bestia negra del momento, que ni siquiera osa ocupar su escaño.

Al haber dimitido el día anterior, la dirección del Grupo Parlamentario Popular (GPP) se dio prisa en eliminar su nombre del escaño de privilegio y consideración al lado del presidente del grupo. Se le asigna otro mucho más discreto, y arriba, en el pleno, dada su nueva condición de diputado de base. Es parte de la visualización de la derrota. Escondido en la desenfilada y consciente de que la daga afilada que ha exhibido sin pudor luce ahora en otro cinto.

Antes de la pregunta parlamentaria se produce la llegada de Pablo Casado a su despacho oficial de líder de la oposición en la planta primera del edificio antiguo de la Cámara Alta. Están esperándole Pablo Montesinos y Ana Beltrán, a los que se unen María Pelayo, Isabel Gil y su jefe de Gabinete, Diego Sanjuanbenito, junto a su asesor, José Arce.

Casado llega cariacontecido, pero sereno, con gesto serio, mirada perdida, ojeras profundas (apenas ha pegado ojo durante toda la noche). Ajeno a las palmadas, tiene que preguntar a Pedro Sánchez. ¿Qué sentido tiene que mientras sangra su costado derecho vaya a interpelar a un conmiserativo Sánchez sobre cuestiones de mera coyuntura? En cambio, tiene la última oportunidad de plasmar en el Diario de Sesiones una breve declaración de un folio, leída, contra su costumbre parlamentaria. Ha sido redactada por él mismo en la madrugada, con algunas ideas facilitadas por José Arce, jefe de la asesoría del Grupo Parlamentario, siguiendo las tres líneas básicas explicitadas por su todavía jefe. Arce es un periodista que ya trabajó en su día en los discursos de Mariano Rajoy, y es persona de la total confianza de Casado.

El presidente popular despacha brevemente con los reunidos antes de hacer un repaso final a las notas que, inusualmente, leerá en su último pleno parlamentario como orador y jefe de la oposición. Momentos antes de bajar al hemiciclo, rechinando en todo el palacio del Congreso la sirena que anuncia el comienzo del pleno, aparecen por la puerta Cuca Gamarra, Ana Pastor y Guillermo Mariscal, todos

ellos ya figurantes en las «mesnadas de la rebelión». Son recibidos con cara poco amable por la *dircom* del partido, María Pelayo. Insiste en que acompañen al aún presidente del Partido Popular en su último paseo hacia el cadalso los tres vicesecretarios generales que le han sido fieles hasta el final. Pablo Casado, con la misma corrección personal que le ha acompañado los casi cuatro años de mandato, da su aprobación ante la petición de sus dos grandes baluartes parlamentarios en el Congreso, Cuca Gamarra y Pastor. Admite que le flanqueen en ese paseo hacia el hemiciclo. Siguiendo sus pasos, González Terol, Montesinos y Beltrán.

Al llegar al pasillo se levantan unas voces de sorpresa ante la escena final del líder fenecido escoltado por su guardia pretoriana. Casado está ajeno a los aplausos que se intenta arrancar a su llegada al hemiciclo y que fueron apagados rápidamente ante el escaso entusiasmo de los diputados populares.

Su discurso, más que una pregunta al presidente del Gobierno, es un alegato del derrotado.

—España se encontró a sí misma y encontró su lugar en el mundo, conquistando la libertad y la prosperidad... Hoy le reitero, señor presidente, lo que ya le dije en el debate de investidura: que nuestra responsabilidad era ensanchar el espacio de la centralidad para que tanto el Partido Popular como el Partido Socialista pudiéramos ganar en él sin necesidad de pactos con los que no creen en España, ni de alianzas con los que atentaron y atentan contra ella...

Ahí pretende situar su pensamiento político de centro instalado en la moderación.

—Esa ha sido siempre la trayectoria de mi partido en el que militaron cuatro de los siete padres de la Constitución, la familia política que fundó la Unión Europea, la casa de tantas víctimas del terrorismo y el motor que ha creado millones de empleos para sostener el bienestar... En esta hora difícil —dice tras reivindicar la historia democrática del Partido Popular—, al final de una terrible pandemia y el inicio de una crisis internacional (Ucrania), nuestro deber es devolver la

tranquilidad a nuestros mayores, la esperanza a nuestras familias, y la ilusión a nuestros jóvenes.

Quedaba un reproche doméstico en sede parlamentaria, tras la agresividad «injusta que no me merezco» de la que ha sido objeto por parte de sus subordinados...

—Entiendo la política desde la defensa de los más nobles principios y valores, desde el respeto a los adversarios y la entrega a los compañeros. Todo para servir a España y a la causa de la libertad.

La jefa de la bancada, Cuca Gamarra, se pone en pie para aplaudir a Casado. El resto del grupo parlamentario hace lo propio. Es la última vez que se dirige a la Cámara como jefe de la oposición. Consciente de su derrota, se sienta abatido en su escaño y se vuelve a concentrar en sí mismo. La bancada popular, puesta en pie, le tributa un largo aplauso en medio de una sesión de enorme emotividad. No todos los días se despiden de aquella manera al líder del segundo partido del país. La ironía de la política retrata que la mayor parte de los diputados que se rompen las manos en el aplauso han sido decisivos para su desalojo por la ventana. Solo las diputadas Cayetana Álvarez de Toledo y la gallega Marta González, cercana a Feijóo y que fue maltratada por el presidente saliente, no manifiestan nada, es decir, manifiestan mucho. Lo mismo que Pilar Marcos, a la que en el Grupo consideran escudera de Álvarez de Toledo y el siempre crítico en todas las estaciones Gabriel Elorriaga. El caso de la diputada González Vázquez se describirá más adelante a lo largo de estas páginas. Había sido nombrada vicesecretaria general de Comunicación en los primeros momentos y fue defenestrada poco después y sustituida por Pablo Montesinos, el diputado por Málaga al que se le saltan las lágrimas al escuchar a su líder.

—Cuca —dice Casado—, no me voy a quedar a la sesión, escucho a Sánchez por deferencia y me voy... ¡Esto es muy fuerte!

—Como quieras, Pablo, entiendo por lo que estás pasando. No te preocupes, yo me ocupo.

Pedro Sánchez despiden al que ha sido su adversario durante cuarenta meses con cierto desdén; perdonando la vida al exlíder y al

grupo que tiene delante. Casado le escucha intentando mantener la dignidad y la figura. No mueve un músculo. Es la imagen viva de la derrota. Acaba de cumplir cuarenta y un años.

Una vez que un arrogante Sánchez se compromete a no utilizar el demérito de la oposición («no convocaré elecciones aprovechando la debilidad de la oposición»), Pablo se levanta del escaño y abandona aceleradamente el hemiciclo para refugiarse en el despacho que todavía tiene el jefe de la oposición en la primera planta del edificio antiguo del Congreso. Es el centro de todas las miradas y el objetivo de las cámaras de televisión.

Rápidamente, le siguen los tres diputados que han permanecido a su lado hasta el hundimiento. El vicesecretario general de Comunicación, Pablo Montesinos, el vicesecretario general de Política Territorial, Antonio González Terol, y la vicesecretaria de Organización, Ana Beltrán.

En el coqueto despacho, paredes recubiertas de madera noble, le esperaban ya María Pelayo, la *dircom* desde el inicio de su mandato, Isabel Gil, a la que Cospedal endosó a Casado y este al secretario general como guardia de corps en temas mediáticos, el jefe de Gabinete de García Egea, Pablo Cano, y el escritor de discursos (antes los hacía para Rajoy en Moncloa), el periodista José Arce, que siempre se refiere a Casado como «el jefe».

Casado se sienta en silencio; todavía está en estado de *shock*. Mientras, recibe el consuelo de los «últimos de Filipinas». Se encuentra sereno, aceptando su suerte, pero los ojos se le humedecen. Aunque no es el único. «Hay que continuar... El partido tiene que continuar», musita. La mayor parte de ellos son conscientes de que con la marcha del «jefe» termina una etapa política-profesional para ellos. El más contundente de todos ellos es Montesinos, que solo aguantará en el PP hasta que su amigo Pablo abandone oficialmente el timón, tras el congreso extraordinario de Sevilla.

Arce le dice que ha salvado con nota el primero de los retos planteados tras la marcha. Gamarra llevaba razón: los diputados, salvo excepciones, «te quieren, Pablo, eres buena persona».

—Sí, claro, los puse yo... Deben de tener mala conciencia.

Pasados unos minutos Pablo Casado y su fiel Pelayo emprenden camino a la sede central del partido, donde hay que poner el finiquito a tantas cosas. La noche anterior, fulminado García Egea, dimitido finalmente al comprobar que su presidente entrega la cuchara, retira su pregunta semanal al gobierno. Casado decide que él oficia hasta el final su papel como jefe de la oposición. Había dudas entre su estado mayor respecto a si debía o no presentarse en la sesión de control e intervenir. Algunos de sus asesores entendieron que representaba un riesgo «porque no sabemos cómo va a conducirse el Grupo Parlamentario» después de los sucesos acaecidos.

—Voy a ir al Congreso. No a preguntar nada a Sánchez. Voy a explicar brevemente cómo entiendo yo España y la vida política. Y voy a cumplir hasta el final. No es fácil presentarse representando a una bancada cuando yo ya no soy el jefe de la misma y en estas circunstancias... Pero, decidme, ¿cuándo lo he tenido fácil?... ¡Nunca!

Las reticencias de algunos de sus adversarios internos respecto a su presencia en el hemiciclo son rápidamente disipadas por la portavoz Cuca Gamarra. Las presiones para que ya no tuviera posibilidad de dirigirse al pleno del Congreso fueron numerosas. Hasta la misma tarde-noche del martes anterior no se despejó la duda.

—Tranquilo, Pablo, te garantizo que todo el grupo te arropará con todo el cariño del mundo. ¡Faltaría más!

Así se produce. Minuto y medio de aplausos puestos en pie. Su primer temor quedaba conjurado. Había repetido hasta la saciedad ante a sus colaboradores, como ante los barones, que lo único que pedía era poder salir con dignidad. «Creo que me lo merezco».

Consumatum est!

Todo había terminado para un equipo fracasado, que, aunque quiso, no pudo cumplir con la conjura que una tarde veraniega de domingo

se hicieron tras vencer a Soraya Sáenz de Santamaría en un congreso nacional. Errores de libro, ordeno y mando en formas de trágala a las organizaciones territoriales, incapacidad para convencer a una mayoría clara de población, luchas intestinas brutales y fallos en la estrategia para ir más allá de los deudos.

El poder tiene entre sus desventajas que, asentado en él, te impide ver lo que es común para cualquier transeúnte. Jamás pudieron creer que el andamiaje levantado a golpe de «terror» —en expresión literal de una dirigente— se derrumbara a tal velocidad y con tan singular estrépito adjuntando un corolario de descrédito, escándalo y horror partidario.

El mar de fondo vino de atrás. La espoleta sería el «caso Ayuso», como se relata pormenorizadamente a lo largo de estas páginas.

¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Cómo ha sido posible este pago fratricida tan cruel como desmesurado?, se preguntan los caídos. *Vae victis*, ay de los vencidos.

Esta crónica, escrita con todas las urgencias que exige la coyuntura, pretende arrojar luz sobre un acontecimiento con ribetes históricos, porque nunca en el casi medio siglo de tránsito democrático se había visto nada igual en un partido de centro derecha.

La voladura de la alta dirección popular no es producto de un ataque sorpresa, articulado sobre un mapa militar de operaciones métricamente preparado. En modo alguno. Desde septiembre del 2021, a medida que cuajaba la idea de que con Pablo no sería posible destronar a Pedro Sánchez, pese a contar con todas las condiciones objetivas a su favor, la *auctoritas* casadista solo se sostiene a base de la *potestas* autoritaria que ejerce el secretario general, que impone a las organizaciones el «criterio de Génova».

El 13-F, en las adelantadas elecciones castellanoleonesas, de alguna manera impulsadas para apoyar la opción Casado con la vista puesta en el Palacio de la Moncloa, se da el pistoletazo de salida para cercar al presidente nacional. Los barones no le soportan («en lugar de aportar al proyecto PP, lo ralentiza», diría uno de ellos); Vox, al que ha decla-

rado la guerra, sube y sube a costa del centro derecha y, sobre todo, en todo el amplio espectro social que tradicionalmente ha apoyado el proyecto desde 1982 se cree que Pablo no es el hombre, ni el líder que se necesita. Sobre todo, tras la absurda pugna, abierta en unas ocasiones, soterrada en otras, con la rutilante lideresa madrileña que se coronó el 4 de mayo de 2021. Un altísimo porcentaje de votantes del PP considera, tras tres largos años en la oposición, que Casado es una veleta movida por todos los vientos, sin rumbo fijo y al socaire de cualquier circunstancia.

En este trabajo y en capítulos posteriores se hace un exhaustivo recorrido sobre lo ocurrido bajo el mandato del tándem Casado & García Egea en una formación clave en la vida política, económica y social, decisiva para el buen devenir de España.

La espoleta

El «casadismo» venía muy tocado en el invierno de 2022. Había un consenso generalizado en el partido de que no contaba con posibilidad alguna de devolver al PP el poder perdido por una moción de censura. Ni el líder convencía personalmente a nadie, ni supo rodearse de equipos solventes y mayoritariamente aceptados dentro del partido, ni la estrategia contaba con una sola idea solvente. «Una cosa era el lunes, y el martes la contraria», recuerda un veterano diputado autonómico madrileño, histórico dentro de la organización desde los tiempos de la fraguista Alianza Popular.

Cree, como otros muchos dirigentes del PP, que sin el terremoto acaecido a propósito del hermano de la lideresa Ayuso, no hubiera sido posible desplazar de un plumazo al equipo instalado en Génova 13 desde 2018. La «dirección nacional» siempre fue un sanctasanc-tórum inexpugnable en condiciones de normalidad.

¿Qué terremoto? ¿Qué espoleta entra en ignición y hace que los tiempos se acorten? Esta:

A finales del mes de agosto 2021 llega a la secretaria general del Partido Popular un sobre con un anónimo dentro. Folio y medio mecanografiado en ordenador e impreso sin que nada pueda delatar al autor del mismo. El autor o autores han tenido buen cuidado de tirar la piedra y esconder la mano.

Para entonces ya había estallado la guerra interna entre la dirección nacional y la rutilante jefa del gobierno regional de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, que unos meses antes había barrido a la izquierda. Es el momento preciso para ser reconocida como lideresa también en el partido, con vitola propia.

Según investigaciones posteriores realizadas durante meses por el periodista Esteban Urreiztieta, el documento anónimo tendrá como protagonista, entre otros, al empresario Daniel Alcázar. Tiene claro quién está detrás de su elaboración. Su dedo acusador señala también al alcalde abulense de Higuera de las Dueñas, Juan Díaz Alonso, marido de Gema Ruiz, que fue la joven segunda esposa de Francisco Álvarez Cascos, gestor financiero del mencionado empresario durante muchos años y una de las pocas personas que tuvo acceso a sus intimidades económicas.

De ahí que, tras la Junta Directiva Nacional (1 de marzo de 2022), la «espiada» Díaz Ayuso reclame a los nuevos mandases del partido, esto es, a Núñez Feijóo, que pongan fuera de la formación a todo aquel que, con cargo o sin él, hubiera colaborado en el «indigno» intento de liquidación de su liderazgo, su honorabilidad y la de su familia.

En septiembre de 2021, entrado ya en harina el curso político, Pablo Casado llama a la lideresa de la Puerta del Sol para que acuda al despacho del presidente nacional en la séptima planta del cuartel general popular.

Tras los besos de rigor, las preguntas protocolarias sobre las vacaciones veraniegas, Casado, en mangas de camisa, visiblemente tenso, va al grano.

—Isabel, nos ha llegado información acerca de un contrato de tu gobierno con una empresa suministradora de mascarillas en la pri-

mera ola de la pandemia con la empresa Priviet Sportive S. L. de la que tu hermano Tomás ha cobrado 286.000 euros en comisión...

La presidenta abre unos ojos como platos.

—¿Cómo? —pregunta inquieta y un tanto enojada...

—Pues eso, Isa, ¡qué cojones es esto que te acabo de exponer!

—Pues la verdad, Pablo, no tengo ni idea de lo que me hablas. Creía que tu llamada se debía a otra cosa... A lo del congreso del partido en Madrid... De esta, ni idea. Hablaré con mi hermano para que me informe. Me pillá absolutamente de sorpresa, ¡qué quieres que te diga! Cuando disponga de los datos te informo, faltaría más... ¿Algo más?

—No nada. No te lo tomes a mal... Mi responsabilidad es velar por la integridad de las personas que militan en este partido, mucho más, si son dirigentes tan significados como tú. Yo estoy en este despacho por un caso de corrupción que dinamitó el PP y la caída de un gobierno del PP.

Tras unos instantes de embarazoso silencio, Ayuso, con ademán de levantarse, se vuelve a su interlocutor.

—¿Puedo preguntarte, presidente, de dónde procede esa información?

—Sí, creemos que de Moncloa —responde Pablo ante una atónita Ayuso.

—¡De Moncloa! —exclama Isabel—. ¡De La Moncloa! ¿Algo más que quieras hablar conmigo?

—No, eso es todo... ¿Cómo van las cosas por la Comunidad? No olvides, porque lo sabes bien, que estás ahí porque yo me la jugué en su momento por ti cuando nadie creía en tu liderazgo ni en tus condiciones.

—Sí, tú me elegiste, pero yo gané ampliamente en mayo y no sé si lo estás aprovechando convenientemente —contesta envalentonada Ayuso—. Yo también aposté todo por ti frente a Soraya y Cospedal.

La presidenta madrileña sale del despacho del que fue su decisivo apoyo inicial en su rutilante carrera política un tanto desconcertada. «Es decir, que Moncloa me ha investigado a mí y a mi familia»... Pero

decide olvidar el asunto; al menos, nunca vuelve a informar al presidente de la cuestión. Cree, en el fondo, que se trata de una manera como otra cualquiera de presionarle dentro de las reticencias de la dirección nacional a que asuma la jefatura del PP madrileño, organización clave para, llegado el momento, dar un vuelco al poder en la formación.

Díaz Ayuso lo deja correr, pero Génova 13 no. Unas semanas más tarde, es el secretario general, Teodoro García Egea, quien vuelve a la carga. La convoca a su despacho, a unos metros apenas del que ocupa el presidente nacional. Es octubre de 2021.

—Isabel, nos ha llegado información de que tu hermano ha cobra...

—Sí, ya sé a qué te refieres —interrumpe tajante la jefa del Gobierno regional madrileño—. Me lo comentó hace algún tiempo Pablo.

—Sí, en efecto, pero quedaste en informarle y hasta la fecha no le has dicho nada.

—Bien, Teo, ¿qué quieres exactamente de mí? —pregunta contrariada Ayuso, que desprecia profundamente al secretario general y sabe en primera persona el afecto que le tiene y cómo se las gasta.

—Es sencillo —afirma el murciano—. ¿Cobró tu hermano la comisión que dicen nuestros informantes? Debes saber que parte de mi obligación es mantener la honradez y limpieza de todos los dirigentes del partido, ahí está nuestro código ético.

—¿Código ético? —responde la presidenta—. Déjate de eufemismos y lindezas... Te voy a responder: todo lo que ha hecho o haya podido hacer Tomás está dentro de la legalidad, todo en orden legal, señor secretario general. ¡Todo!

—Pero ¿cobró, o no cobró? —insiste el número dos del PP.

—Tú sabrás, que andas investigándole. En cualquier caso, si cobró... ¿qué pasa? ¿Qué ocurre si cobró? Eh, ¿qué pasa? Si todo se ajusta a la ley. ¿Mi hermano se tiene que morir de hambre? Trabaja desde hace mucho en esa área de la sanidad, desde antes de que tú

estuvieras en este despacho. Lo que es una vergüenza es que mi propio partido me haga esto y se crea un anónimo que dice Casado que le ha llegado de La Moncloa. Me lo hacéis a mí, que he sido la ganadora, junto con Feijóo, más importante que ha tenido el partido en los últimos años, y que tanto ha ayudado a que vosotros estéis en esta casa. ¡Una vergüenza, Teo, una vergüenza! Si fuerais inteligentes hubierais aprovechando los resultados en Madrid para ir acercando al partido a La Moncloa, esa que decís que os ha enviado el anónimo contra mí y mi familia.

En realidad, la inquilina de la Real Casa de Correos había sido informada por muy diferentes fuentes de que el secretario general alardeaba en almuerzos con periodistas de que disponía de material asfixiante para la lideresa que estaba echando un pulso al poder de la dirección partidaria. Ello sucedió con el Club Arcuna, con más de veinticinco periodistas comensales, en un almuerzo celebrado en el hotel AC Retiro. Algunos de los presentes, de militancia socialista, otros bien relacionados con la Puerta del Sol, atónitos con lo que acababan de escuchar, tardaron minutos en hacer llegar la información al equipo de Díaz Ayuso.

Distintas fuentes del PP reconocen que el secretario general no se recataba en absoluto al hablar del tema también con otros medios, abogados, jueces próximos, empresarios... Hasta convertirlo en un secreto a voces. El mensaje es claro y directo: Díaz Ayuso no podrá aguantar la información de la que disponemos, de modo y manera que su caída supondrá un problema menos para la dirección. Vaticinan que no aguantará más de un año y que políticamente «está muerta».

Secreto a voces

A comienzos del último mes de 2021 son muchos los que han sido alertados del «anónimo» que amenaza, según García Egea, la carrera política y la honorabilidad de la correosa baronesa madrileña. Para

esas fechas, el folio y medio denunciador y sin firma ha llegado ya a numerosos cargos del Ayuntamiento de Madrid, vía Ángel Carromero, coordinador general del consistorio y entonces mano derecha del alcalde, José Luis Martínez-Almeida, al que el *affaire* deja en evidente posición incómoda.

El jefe de Investigación del diario *El Mundo*, Esteban Urreiztieta, con profundas raíces abulenses, destapador mediático del escándalo, el mejor periodista de investigación de los últimos lustros en España (de casta le viene al galgo), sitúa en dicho conocimiento, además de a Carromero, que ha sido informado personalmente por García Egea, a Joaquín Vidal y a David Fernández, que fue jefe de información de Madrid en el *El Confidencial* y al que Carromero coopta como jefe de prensa en la Empresa Municipal de la Vivienda, según fuentes municipales madrileñas diversas.

Las investigaciones de Esteban Urreiztieta son concluyentes. El secretario general ha ordenado a Carromero que compruebe el «anónimo», esto es, que intente hacerse con el modelo 347 del Impuesto de la Renta de las Personas Físicas (IRPF) de Tomás Díaz Ayuso y los extractos bancarios del mismo. ¿Con qué objeto? Comprobar que había cobrado la comisión que el denunciante anónimo afirma y, de paso, si lo ha declarado a la Agencia Tributaria.

A tal fin, uno de los citados, David Fernández (el ex de *El Confidencial*), contacta con la agencia de detectives Mira, siempre según afirmaciones de la propia agencia. Este, por su parte, arguye que otro cargo municipal suplantó su personalidad ante la empresa de investigación privada para perjudicarle y señala a Carromero como el cerebro de tan maquiavélica operación.

Sea como fuere, el jefe de prensa de la EMV no habla con el presidente de la empresa detectivesca, sino con uno de sus colaboradores, un investigador que realizó en su día los seguimientos colombianos al expresidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González.

—Eso no lo podemos hacer. Me pides que cometa un delito —afirma el detective—. En cualquier caso, déjame que lo consulte

con mi jefe, que ahora está fuera de España... Lo veo difícil, francamente; ¡ya hemos aprendido lo suficiente de estos casos como para meternos en líos entre políticos!

Dicho y hecho. El detective César Martínez conecta rápidamente con su jefe, el colombiano Julio Gutiez, afincado profesionalmente en España. Le informa de la llamada que acaba de producirse.

—¿Están locos estos tíos? —contesta el colombiano, encabronado—. ¿Nos están pidiendo que cometamos un delito? ¡Pendejos! No aprenden nada. Ni hartos de tequila vamos a aceptar ese encargo, ni nos vamos a meter en más historias entre partidos políticos... ¿De dónde te ha dicho que llamaba el señor en cuestión?

—De la Empresa Municipal de la Vivienda de Madrid...

—¡Carajo!

Gutiez, incrédulo, llama a su gran amigo el exministro Rafael Catalá, buen amigo también de Casado y de Ayuso (el consejero de Justicia e Interior, Enrique López, es íntimo), dedicado a asuntos de su despacho de abogado desde que dio un paso atrás en la política, pero que mantiene excelentes relaciones con su partido y con los que fueron sus compañeros en el gabinete Rajoy. Le cuenta lo sucedido. Hay que situarse cronológicamente dos semanas antes de la Navidad de 2021.

A esas alturas hay pocos enteradillos en Madrid en lo relativo a cuestiones políticas que no estén al cabo de la calle de lo que se está ventilando en la lucha sorda entre Génova 13 y la Puerta del Sol.

El exministro relata a Isabel Díaz Ayuso y a su jefe de Gabinete, Miguel Ángel Rodríguez, la información recibida a través del dueño de Mira. A la lideresa y su edecán les llevan los demonios.

—Hay que ser muy hijos de puta para perpetrar algo de esta calaña.

El 16 de diciembre el alcalde Martínez-Almeida y la presidenta de Madrid coinciden en un acto oficial en la Comunidad. Al finalizar, Ayuso coge del brazo al alcalde, le aparta y a solas le dice:

—Pepe, ¡me estáis investigando! No hay derecho, no hay derecho. Para acto seguido contar de lo que ha sido informada.

—¿Estás tú en el ajo?

—Qué me cuentas, Isa, ¡no me jodas! No tengo ni puta idea de lo que me estás diciendo... Te lo juro por lo que más quieras que soy completamente ajeno a todo esto. Es la primera noticia que tengo...

Almeida se queda impactado. ¡Vaya tropa! Pero no se queda de brazos cruzados. Abre una investigación interna en el Ayuntamiento. En primer lugar, llama a Álvaro González, concejal delegado del Área de Vivienda y presidente de la EMV. Este, informado por el alcalde, llama al detective hasta dieciséis veces, pero este no le descuelga el teléfono; posteriormente habla con el jefe de la empresa detectivesca, Julio Gutiez.

—Oye, Julio, tengo información de que alguien de la EMV ha llamado a tu empresa para haceros un encargo. ¿Me puedes decir quién ha sido ese?

—Lo siento, Álvaro, a mí no me ha llamado nadie. En cualquier caso, se trata de secreto profesional y no puedo decir absolutamente nada.

Lo que no sabe González es que el curtido Gutiez, que se lo quita de encima con una negativa que viene a ser una confirmación en toda regla, está grabando la conversación telefónica.

El canguelo entre ambas partes alcanza la línea roja ante el cariz que están tomando los acontecimientos, que empiezan a ser un secreto a voces entre el «burgo podrido» que es el Madrid político para tales menesteres. Ni a Génova ni a Sol les interesa que el quilombo estalle, «porque puede hacer saltar por los aires al Partido Popular», en expresión de un dirigente que está al cabo de la calle.

El problema es que el tema ya arde en las manos del meticoloso periodista Esteban Urreiztieta. Tiene todos los datos de la película de espías sobre su mesa y ha informado de ello a sus jefes en *El Mundo*, Francisco Rosell, director, y Joaquín Manso, vicedirector. Los tres acuerdan no publicar una línea hasta tener todo «atado y amarrado». Es un tema que puede hacer saltar por los aires todo lo que encuentre a su paso.

En la tercera semana de enero (2022) Miguel Ángel Rodríguez, la proa agresiva de Ayuso, invita a almorzar a Urreiztieta. Le cita en el restaurante vasco Zerain, cercano a la sede de la Presidencia madrileña, una de las nuevas catedrales de la gastronomía en la capital.

—Mira, Miguel Ángel, tengo acreditado el intento de espionaje a tu jefa.

El periodista da todo tipo de detalles al respecto a la mano derecha de la lideresa de la Puerta del Sol.

—¡Lo sabes todo, tío! —contesta el vallisoletano.

—Es mi trabajo, Miguel Ángel. Llevo ya tirados muchos tiros en esta mili...

—¿Te puedo pedir una cosa, Esteban? No lo publiques, coño.

—Dame una razón para no hacerlo —pide el periodista.

—La leche, tío, esto salta por los aires al Partido Popular. Y algo tengo hecho en mi vida por este partido... ¡Menudo favor a los socialcomunistas, a Sánchez y sus socios!

—Lo siento, MAR, lo voy a publicar. Por cierto, ¿cobró el hermano de Isabel 286.000 euros de comisión por la compra de mascarillas?

—Sinceramente, no lo sé. Hablaré con el hermano y te digo algo.

Para que nada falte en la película, al intrépido periodista le engancha el Covid y le manda el 22 de enero al hospital Sanitas del privativo barrio madrileño de La Moraleja, donde permanece hasta el día 28. Tras la semana de oxígeno directo al pulmón, con el relajo y el alta bajo el brazo, Esteban sale del hospital como un cohete. Retoma la investigación aparcada por mor del bichito de Wuhan.

Al filo del mediodía del 16 de febrero telefonea a Álvaro González y poco después al exministro Catalá para confirmar detalles. Más tarde, Urreiztieta recibe una llamada del periodista de la EMV, David Fernández.

—Oye, Esteban, ¿de qué va esto? Me dicen que me involucras a mí en un tema en el que nada tengo que ver.

—Mira, David, acabo de hablar con el presidente de Mira y te señala a ti como la persona que contactó con el detective César Martínez.

—¡Mentira! Si publicas eso te demandaré. Es mentira —contesta histérico y fuera de sí, según testimonios de personas que escucharon la conversación telefónica.

—¿Ha existido o no espionaje por parte de Génova a Díaz Ayuso? —insiste Urreiztieta.

—Me están intentando culpar a mí de eso sin tener nada que ver. Al final voy a tener que contar a *El Confidencial* quién ha sido... Si publicas mi nombre te reviento la historia pasándosela a *El Confidencial*.

En efecto. No había pasado una hora de esta conversación cuando se produce una alerta del medio dirigido por Nacho Cardero, de esta guisa: «Fontaneros de Génova intentaron espiar al hermano de Ayuso», y cita a Carromero. *El Confidencial*, por supuesto, deja fuera a la EMV, al propio David Fernández (que les ha vendido su relato). Una hora después, Carromero presenta su dimisión al alcalde en calidad de coordinador general y devuelve su carnet de militante del PP. Tan solo unos días después, Fernández se despide como jefe de prensa de la EMV. ¿Se trata de algo decidido *motu proprio* o es un despido fulminante?

La tapa de la cazuela ha saltado por los aires. A partir de ahí, la mundial. Toda una dirección nacional del primer partido de la oposición está en almoneda.

El dúo de Génova 13

Días antes y hasta el último minuto, desde la Puerta del Sol vuelven a insistir al reportero en que se guarde sus investigaciones. Desde Génova 13, la buena de María Pelayo hace lo propio. A esas alturas, ya con la vorágine desatada, y todo el engranaje popular descontrolado, con los nervios a flor de piel, la dirección nacional dice que todo lo del espionaje es un montaje de Miguel Ángel Rodríguez para hacer caer al dúo Casado & García Egea. El problema es que la «sala de guerra» había perdido la batalla y algo más. Ya tenían las grabaciones y tabuladas todas las mentiras.

Con la perspectiva que ofrece el tiempo transcurrido, puede afirmarse con una cierta justeza que Teodoro García Egea, muchos suponen en buena lógica que con la aquiescencia de su comandante en jefe, fue a matar a su gran enemiga interna (había otras, como Cayetana Álvarez de Toledo o la propia Esperanza Aguirre, pero sin la *auctoritas* y la *potestas* institucionales de Isabel Díaz Ayuso). Con una gran indiscreción profesional y política, la escopeta repetidora cercenó de cuajo las manos que intentaban disparar.

Nada puede convencer a Ayuso de que Pablo Casado no autorizó la investigación de su secretario general y, mucho menos, que no conociera las actuaciones de su número dos. A partir del 4 de mayo 2021, Génova 13 no podía ocultar los enormes celos que provocaba su antigua amiga y patrocinada, quien, a partir de esa fecha, empezó a volar con propulsión propia.

Al fin y a la postre resulta una lucha de adolescentes. Ambos aprendieron el arte de la conspiración cuando en su tierna juventud daban codazos por la *pole position*. Unos adolescentes a los que la suerte les entregó un partido al mismo tiempo que el partido se quedaba sin Nuevas Generaciones.

Empieza a escribirse la historia al ritmo trepidante de siete días de furia y puñaladas que alumbran un nuevo amanecer en la vida del centro derecha, siempre fratricida y convulsa desde que en 1976 lo fundara un gallego llamado Manuel Fraga.

Una de las referencias intelectuales y políticas básicas del hombre de Villalba fue Konrad Adenauer, el hombre milagro de la Alemania derrotada tras el cruel y brutal experimento del nacionalsocialismo del III Reich. Escribió uno de los decisivos padres fundadores de la Unión Europea: «En política lo importante no es tener razón, sino que te la den los demás».

Unos días después, con todo decidido en el PP y el partido encarando una nueva y excitante etapa escrita sobre los hombros de Alberto Núñez Feijóo, en la bancada del Grupo Popular en el Congreso Teodoro García Egea y Cayetana Álvarez de Toledo, dos diputa-

dos que tanto se condicionaron en sus carreras, son ya vecinos en sus respectivos escaños. Hay ocasiones en la vida en las que es necesario hacer de tripas corazón.

En unos días, Pablo Casado, el hombre «absolutamente convencido» de que no pasaría mucho tiempo sin desalojar a Pedro Sánchez y trasladarse con su familia a vivir en el Palacio de la Moncloa, es convertido en ceniza y polvo.

Catorce días antes de certificarse la defunción, política, naturalmente, se había producido una pequeña anécdota que, sin embargo, a él le ayudó a engordar su autoestima. Cualquier afirmación de fe en las posibilidades futuras de su liderazgo siempre era bienvenida.

De modo, que acudió a un almuerzo con gentes cercanas, a un conocido restaurante madrileño especializado en arroces de Alicante, provincia de la que es su mujer. Al entrar en el local vio al cantante y *showman* Pablo Carbonell.

—¡Hombre tocayo, un gusto conocerte... yo he crecido con tus canciones!

—Coño —responde el cómico—, no tenía ni puta idea. Pero me alegro mucho.

En ese momento, se acerca otro comensal que está al lado, pone la mano sobre el hombro de Casado y dándose pote, le dice a Carbonell.

—No sé si tú lo sabes pero este señor (Casado) será muy pronto el presidente del Gobierno...

Tenía, en efecto, dotes proféticas.

Lo que a continuación se relata es una historia objetiva de siete días de furia y puñales.